

#12

RESISTENCIAS A LA LECTURA Y RESISTENCIAS A LA TEORÍA. ALGUNOS EPISODIOS EN LA CRÍTICA LITERARIA LATINOAMERICANA

Miguel Dalmaroni

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Ilustración || Isaias Verdelejos

Artículo || Invitado | Publicado: 01/2015

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Resumen || La resistencia a la teoría de la lectura —resistencia a la necesidad de un pensamiento sobre la literatura como acontecimiento y experiencia— sería una variante de la «resistencia a la teoría» (de Man); desde 1990 y hasta la actualidad tal resistencia tiene particulares manifestaciones en la crítica latinoamericana y argentina y en las «historias de la lectura»; en tales ámbitos es posible advertir el recurso a cierta idea de «historización» como vía facticista, postteórica o antiteórica para suprimir como problema crítico la resistencia de la literatura a su reducción cultural.

Palabras clave || Resistencia a la teoría | Lectura | Latinoamericanismo | Postteoría

Abstract || The resistance to the theory of reading—the resistance to the need for thinking about literature in terms of event and experience—would be a variant of the “resistance to theory” (de Man). From 1990 to the present day, such a resistance has shown particular manifestations in Latin American and Argentine criticism and in “histories of reading.” In those contexts, a certain idea of “historicization” is used as a factualist, post-theoretical, or anti-theoretical manner of suppressing the critical issue of literature’s resistance to being reduced to its cultural aspect.

Keywords || Resistance to Theory | Reading | Latinoamericanism | Post-Theory

En una ocasión, Adam Phillips comparó los efectos impredecibles de la lectura con el «trabajo del sueño» según Freud. Un tratamiento psicoanalítico, señaló Phillips, es como leer una poderosa obra de literatura, «un salto hacia una oscuridad indefinible. Nadie puede saber nunca de antemano el efecto que tendrá o, de hecho, no tendrá». [...] Phillips detalla: «Es como si, de un modo extraño, uno estuviera esperando a alguien pero no sabe quién es hasta que no aparece». Lo mismo sucede con un libro. Si el psicoanálisis es un diálogo con uno mismo en presencia de otro, la lectura es una conversación con otro en presencia de ese que creemos ser, que no sabemos todavía quién es, o en quién se convertirá gracias a lo que lee.

Matías Serra Bradford (2014)

0. Introducción: ¿muchos historiadores, pocos teóricos?

Una tarde de noviembre de 2014, la Comisión Organizadora del IX Congreso Internacional «Orbis Tertius» de Teoría y Crítica Literaria, convocado para junio de 2015, se reunió en la Facultad de Humanidades de la ciudad argentina de La Plata para proponer nombres de invitados especiales al evento. El congreso estaba anunciado en homenaje a Susana Zanetti, la autora del libro *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (Zanetti, 2002), y el tema general de la convocatoria era justamente «Lectores y lectura». Para considerar la cuestión de los conferencistas invitados, los organizadores retomaron el texto de la primera circular del congreso, aprobada por el Comité Científico y publicada en julio, con el propósito de pensar en especialistas reconocidos, a partir de «dos orientaciones principales»:

por una parte, la lectura y las subjetivaciones-desubjetivaciones que llamamos «lector» en términos de experiencia y acontecimiento —según recorridos de la teoría literaria, la filosofía y la propia literatura, que van de Derrida y de De Man a Miller, de Barthes a Badiou, de Proust y Virginia Woolf a Borges y María Moreno. Por otra parte, las investigaciones de las llamadas historias de la lectura y los lectores, que desde enfoques sociológicos, culturalistas o historiográficos interrogan el tema en tanto prácticas y sujetos socialmente constituidos y determinados; las firmas de Chartier, Darnton, Mollier, Petrucci, a la vez que las de Adolfo Prieto, Nora Catelli, Beatriz Sarlo, Susana Zanetti o Graciela Batticuore orientan buena parte de este campo de investigaciones, que permite abordar el problema de la historia de la edición y los mercados, la divergencia públicos/lectores, lectores/lectoras, lectores de prensa y lectores de libros; el problema de las representaciones literarias de la lectura como resto de experiencia o como práctica cultural, la lectura en la ficción, en el teatro y en la poesía. Estas dos orientaciones no excluyen, por supuesto, las posibles revisiones de otros clásicos de la crítica, la teoría literaria y la filosofía asociados con la semiótica, la estética de la recepción, la hermenéutica u otras tradiciones. (McKenzie, Eco, Febvre, Iser, Fish, Gadamer, Jauss, entre otros)

Al pretender bosquejar lo que parecen las coordenadas de un campo de estudios, la convocatoria provocó la emergencia de lo que me gustaría nominar (si se me permite el oxímoron) como

un síntoma nítido: los organizadores del congreso —todos investigadores formados— disponían de vínculos, contactos y muy buena información sobre especialistas de la segunda orientación (la sociohistórica), procedentes de universidades de varios países de América Latina, de los Estados Unidos, de Europa. Para la primera orientación (la teórico-filosófica), en cambio, los presentes apenas si pudieron repetir un par de nombres. Algunas preguntas parecían insinuarse entonces: ¿se resiste la «lectura», o algo de lo que mentamos con esa palabra, a una teoría que la interroge? ¿Es la crítica latinoamericana la que —por motivos entre los que podría contarse esa misma resistencia— se desentiende del tema o lo desvía?

Nos proponemos explorar aquí, aunque sea de modo preliminar, lo que llamaremos resistencia a la teoría de la lectura —resistencia a la necesidad de un pensamiento que interroge la lectura como acto, como acontecimiento y como experiencia—; esta resistencia a la teoría de la lectura sería una variante de la «resistencia a la teoría» según el clásico ensayo de Paul de Man (1986). Aunque no sea una frontera del problema en sí, el horizonte inicial de estas notas es el de la crítica latinoamericana y particularmente argentina, ámbito donde es posible advertir el recurso a cierta idea de «historización» en diversas situaciones de resistencia a la lectura.

1. Resistencia a la literatura y «era post teórica» en América Latina

John Beverley, un integrante del «Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos» a quien Javier Lasarte Valcárcel llamaría «uno de los “fundadores” de la resistencia a la literatura» (2006: 5), publicó en 1993 un libro sencillamente titulado *Against Literature*. En un ensayo de 2001, «Desorientaciones intelectuales», incluido en una compilación de Lasarte Valcárcel publicada en Caracas, Vicente Lecuna (de la Universidad Central de Venezuela) recurría más de una vez a la figura del «colapso» de la crítica, y declaraba la declinación definitiva de la «confianza en los poderes liberadores y detonantes de la literatura» y de «la crítica literaria» como «monoteísmo cultural» (Lecuna, 2001: 101-105). Durante los años de 1990 y hasta pasada la primera década del siglo XXI, una de las orientaciones más influyentes de los debates académicos latinoamericanos consistió en resolver la «resistencia [del acontecimiento literatura] a la teoría» mediante una severa crítica de la «literatura» de registro intensamente moral, politicista, *radical*; a lo que se sumaba el reemplazo de la teoría por una llamativa confianza en el ejercicio de una cierta «historización» sometida casi exclusivamente a su propia autovigilancia política. Después de haber representado

para tantos una de las posibilidades libertarias de «la expresión americana»; después de haber sido profusamente teorizada entre las experiencias extremas de la desujeción o del «Afuera» de la Lengua o del Orden, ahora «literatura» era vista como —o reducida a— una compartimentación histórica naturalizada de la práctica de escribir, funcional al capitalismo, casi mero dispositivo cultural de la dominación social imperialista, burguesa, eurocentrista, blanca, masculina; y si no había otra cosa que nombrar con «literatura» que no fuese tal dispositivo histórico, lo que conocíamos hasta el momento como «teoría literaria» —y más, la ideología epistemológica sobre la que descansaba el concepto de «teoría»— no podía sino caer en la misma desgracia que «literatura» o —por lo menos— quedar bajo sospechas parecidas. Muchos daban, más o menos de inmediato, un paso más: la «literatura» y la «teoría» habían llegado además a su fin, incluso como ejercicios o actividades culturales de los sujetos sociales (lo que se estaba haciendo eran otras cosas aunque se siguiese hablando de «literatura»), junto asimismo con el final de toda una serie de «esencializaciones» que habían acompañado desde siempre a la literatura y a sus teorías: «texto», «autor», «obra», etc.

Los hitos de ese ciclo de la crítica latinoamericana podrían establecerse (habría otros, claro) entre *La ciudad letrada* de Ángel Rama (1984) y el libro que Jean Franco editó en 2002 (*The Decline and Fall of the Lettered City*), o hacerlo llegar hasta 2010 con *Aquí América Latina* de Josefina Ludmer. Por supuesto, lo que podemos proponer aquí es apenas una selección que ilustre la posibilidad de proseguir un recorrido menos fragmentario.

Se recordará que el manual de teoría literaria de fines del siglo XX más reeditado y traducido se abre con una insistente advertencia acerca del desagrado, las quejas, las sospechas y protestas que provoca la teoría literaria y, más aún, acerca del «olvido» y la «represión» de que es objeto («oblivion», «repression»). Esas dos palabras con que Terry Eagleton cerraba en 1983 el «Prefacio» de *Literary Theory. An Introduction* (2008 [1983]: xiv) anticipaban los dos sentidos que el escrito más conocido de Paul de Man daría en 1986 a la figura de «la resistencia a la teoría»: las reticencias, las reservas o hasta el rechazo (de críticos, profesores, lectores) hacia la teoría literaria; y a un tiempo la resistencia irreductible de la literatura (y del lenguaje) a ser leída, teorizada, es decir capturada (*olvidada, reprimida*) alguna vez —de una buena vez— por una «gramática» capaz de explicarnos su «lógica». El símil psicoanalítico de Eagleton es inevitable cuando releemos a De Man: si la resistencia se debe a una incompatibilidad entre el deseo y la palabra, entre el acontecimiento y el propósito imposible de retenerlo en un nombre provisto por la Cultura, hay siempre un residuo irreductible de resistencia, un resto que el impulso teórico puede de ningún modo alcanzar sino únicamente perseguir; con lo que debería quedar suficientemente claro el

carácter ideológicamente indócil y política o, mejor, éticamente ajeno a las sujeciones, de la tesis principal de de Man:

Nothing can overcome the resistance to theory since theory is itself this resistance. The loftier the aims and the better the methods of literary theory, the less possible it becomes. Yet literary theory is not in danger of going under; it cannot help but flourish, and the more it is resisted, the more it flourishes, since the language it speaks is the language of self-resistance. (de Man, 1986: 19)

Pero Eagleton encontraba el modo de *olvidar*, *reprimir* o transfigurar su propio rechazo a la resistencia de la literatura: en un manual de teoría literaria, declara *inexistente* a la literatura misma y proponía a cambio el previsible territorio de «las prácticas» y «los discursos» (a diferencia de «literatura», objetos cuya *existencia* —parece— no haría falta asediar). Una invitación como esa no parece ajena a ciertas preferencias político-*historiografistas* recientes de la crítica literaria latinoamericana, ni al más o menos disimulado facticismo que se le asocia junto con una pertinaz resistencia a adoptar orientaciones teóricas que suelen vincularse con el ejercicio especulativo (filosofía, teoría).

En el comienzo de *La parole muette*, un libro de 1998 que se tradujo en Buenos Aires en 2009, Jacques Rancière notaba a su manera esa variante de la resistencia a la restancia irreductible de la literatura —ese olvido de su resistencia a la teoría—, y proponía discutirla. Rancière insistía con una incógnita académicamente incorrecta: *qué es la literatura*:

Il y a des questions que l'on n'ose plus poser. Un éminent théoricien de la littérature nous l'indiquait récemment: il faut ne pas craindre le ridicule pour intituler aujourd'hui un livre: «Qu'est-ce que la littérature?» [...] Il vaut donc la peine de se demander quelles propriétés singulières affectent sa notion, jusqu'à faire paraître désespérée ou ridicule la recherche de son essence. (Rancière, 2005 [1998]: 5-6)

Lo que Rancière discute no es otra cosa, podríamos decir, que la pretensión posdisciplinaria según la cual la «resistencia a la teoría» fue un mal propio de una edad reciente pero sobreseída, durante la que un remanente de inocencia epistemológica pudo hacer que todavía diésemos crédito a las pretensiones de teorización de la literatura y entonces, naturalmente, las resistiésemos al mismo tiempo. Para poder desplegar su teoría de la literatura, lo primero que hace el filósofo, parece, es desnaturalizar esa *denegación* de la resistencia a la teoría y su consecuente olvido. En el segundo libro que dedica por entero al asunto, *Politique de la littérature*, de 2007 (traducido en Buenos Aires en 2011), Rancière incluye un ensayo sobre Borges en cuya página final introduce una de sus figuraciones crítico-filosóficas más eficaces y formularias para *definir* «literatura»; pero esa figuración lo es al mismo tiempo del pensar escrito sobre

la literatura, es a la vez una *definición* de la resistencia de la teoría literaria, del «sueño constitutivo» que impide disolverla: «La suppression de l'écart des mots et des choses est le rêve constitutif à l'ombre duquel se déploie le parcours interminable de l'intervalle qui les sépare» (Rancière, 2007: 164).

En los debates del campo académico latinoamericano desde los años de 1990, en cambio, un cierto consenso parecía ganar terreno: si aproximadamente con la escolarización del deconstruccionismo en la academia estadounidense la teoría alcanzaba el clímax de su legitimación institucional y saturaba los estilos de las escrituras críticas y hasta las jergas estudiantiles, por lo mismo la era de la «teoría literaria» parecía ingresar en la fase terminal de una agonía autoprovocada; en un giro que no es obligatorio leer como parodia de un tópico, la teoría literaria se había realizado, ahora sólo quedaba deconstruirla (o, mejor, solo le quedaba dedicar todos sus afanes a su propia desconstrucción incesante). Examinada no ya en términos del pensar, sino ahora en términos historicistas y políticos, la teoría literaria o la del arte no podían sino ser advertidas como dispositivos epistemológicos, discursivos, ideológicos o educativos de alguna forma situable de poder, e incluso —en esa misma línea— como un avatar prolongado y ya finado de la «ciudad letrada» de Occidente. En el campo de los escritos así llamados «posteóricos», «posdisciplinarios», «poscoloniales» o «posoccidentales» de los 90, el último Ángel Rama podía darse la mano con el libro de Eagleton, cuya traducción castellana de 1988 por el Fondo de Cultura Económica de México pobló por años los programas de los cursos de teoría literaria del continente.

Uno de los aspectos de esta prolongada y copiosa impugnación de la teoría atacaba su institucionalización mercantilizada. En una revisión crítica de los estudios latinoamericanistas en los Estados Unidos que comenzó a escribir y exponer hacia 2006 y publicó en 2008, Andrés Avellaneda (University of Florida) recordaba que precisamente entre los resultados de la «creciente importancia de la teoría en la universidad norteamericana» —un paradójico «girar de la teoría sobre sí misma», anotaba— y de «la pseudopolitización académica a que ésta ha dado lugar», estaban el «rechazo de los conceptos de valor estético y de calidad literaria por su condición elitista», y la puesta en cuestión del «concepto mismo de estudio literario» (Avellaneda, 2008: 203-204). Poco antes, en marzo de 2003, Julio Ortega (Brown University y Universidad de los Andes de Mérida) iniciaba su artículo «Post-teoría y estudios transatlánticos» citando una afirmación de Ernesto Laclau de 1999 —«we are living in a *post-theoretical* age»—, y exponía una evaluación semejante a la de Avellaneda acerca de los efectos anti o post teóricos del predominio universitario de la teoría, una «hiper-interpretación teórica» que daba lugar a una enfática preferencia por objetos de

estudio porosos e indeterminados, por «procesos» especialmente «fluido[s]» que dejaban drásticamente atrás distinciones del tipo de «literatura». Al mismo tiempo, Ortega retomaba el acrecentamiento de la crítica politicista contra la teoría entre las causas de su declinación:

en torno a este fin de siglo, el predominio de los grandes modelos teóricos fue excedido por su misma conversión en sistema de autoridad. Pero este agotamiento no hubiese sido posible sin el intenso cuestionamiento de la voluntad de verdad que esos modelos ejercían desde su posición centralizadora; fueron derivando en moneda corriente, mero poder académico y novedad mediática [...] (Ortega, 2003: 109)

y terminaron asociadas —bajo el generoso rótulo de *cultural studies*— con las pretensiones de transparencia y comunicabilidad de las tecnologías de la globalización (110). Poco antes o apenas pasado el 2000, este tipo de cuestionamiento a los usos académicos de la teoría debido a su domesticación como mercancía universitaria (una protesta donde resuenan las insistencias de Fredric Jameson contra el postmodernismo y el «giro cultural») parece haberse extendido como parte de cierto sentido común en la crítica latinoamericana, como puede leerse en las páginas iniciales del libro sobre Raymond Williams publicado en San Pablo en 2001 por la brasileña María Elisa Cevasco: «la crisis que atraviesan las humanidades», en cuyo centro está la transformación de «la crítica literaria» en «estudios de cultura», está teñida para Cevasco por «la lógica de la mercantilización» (Cevasco, 2003: 17, 20-21).

Un panorama que fue a un tiempo puesta al día y toma de posición, lo constituye al respecto la compilación que Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta publicaron desde México en 1998 y que circuló desde el principio en varias locaciones web, bajo el título de *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Allí Castro Gómez (por entonces profesor de la Universidad Javeriana de Bogotá) recordaba que los críticos del campo post (posteóricos, posoccidentales, subalternistas) partían de que «todas las categorías emancipadoras, aun las que ellos mismos utilizan, se encuentran ya “manchadas” de metafísica» occidental, europeísta, imperial-colonialista (Castro Gómez y Mendieta, 1998: 13). Esa perspectiva antieurocéntrica indujo, por supuesto, toda una serie de tentativas de reemplazo, entre las que apenas mencionaremos dos: en 1997, Walter D. Mignolo (en ese momento profesor de literatura latinoamericana en Duke) ensayó la posibilidad de pensar las acciones políticas y las políticas de comunicación y propaganda del Ejército Zapatista de Liberación Nacional como una «revolución teórica»; esto es, Mignolo desplazaba la figura del teórico-crítico o del intelectual a la de quien se limita a advertir, señalar y describir las revoluciones *teóricas* que producen las prácticas de la rebelión misma de los subalternos (Mignolo, 1997). Nuestro segundo ejemplo:

el profesor Jorge Brioso (Carleton College) planificaba el dossier temático del volumen 9 de la *Colorado Review of Hispanic Studies* (previsto para el otoño de 2011) con esta propuesta:

Hemos leído la literatura española y latinoamericana a lo Foucault, Derrida, Deleuze, Badiou, Rancière, Levinas, Benjamin, Heidegger y un largo etcétera pero raramente se intentó establecer un diálogo crítico entre nuestras literaturas y la tradición filosófica y de pensamiento que se produjo desde estas latitudes. Este dossier propone, para iniciar esta forma de diálogo, un acercamiento al ensayo filosófico español y latinoamericano más reciente y a la serie de categorías filosóficas que ha engendrado: ejemplaridad, intimidad, la cordura y los hábitos del corazón, etc. Dichas categorías proponen nuevas tareas al pensamiento, nuevos recorridos conceptuales a nuestro imaginario crítico. La crítica al uso se dedicó a importar categorías filosóficas para pensar los singulares problemas y la particular dinámica que proponían nuestras literaturas. Aquí se propone un camino contrario: interpelar desde estos nuevos conceptos a las tradiciones filosóficas dominantes, a las tradiciones de pensamiento al uso. (Brioso, convocatoria en <http://spanish.colorado.edu/General/colorado-review.html> - 1/7/11)

Pero según la evaluación del problema que Castro Gómez hacía en 1998, la solución no estaba en formular otras matrices ahora posteóricas (fatalmente condenadas a repetir las mismas o parecidas sujeciones metafísicas de la «teoría») sino más bien, siguiendo a Gayatri Ch. Spivak, en «jugar limpio»:

Si detrás de la interpretación no hay realidades sino únicamente voluntades, entonces la única estrategia para quebrantar la metafísica es la que Spivak denomina el «Darstellung», esto es, la historización radical del propio locus enuntiationis. (Castro Gómez y Mendieta, 1998: 14)

Si seguimos la lectura de Spivak que hacía Castro Gómez, debemos concluir que la crítica latinoamericana que tomó estos programas creyó haber resuelto el problema de «la resistencia [de la experiencia] a la teoría» reemplazando la persecución del sueño constitutivo del pensamiento —«la supresión de la distancia entre las palabras y las cosas»— por «la historización radical del propio locus enuntiationis». El problema, en ese caso, queda sin resolver y la tesis de Paul de Man parece aun más preferible que antes: en efecto, ¿a qué clase de compromisos metafísicos nos arrastran nociones como la de «historización radical»? ¿Cuál es el «locus enuntiationis» desde el que es posible tal historización del propio locus, y qué o quién garantiza o mantiene al menos provisoriamente su preferibilidad? Ya que «historia» e «historización» están tanto o más manchadas de metafísica occidental imperialista que cualquier otra mistificación... ¿por qué una determinada noción de «literatura», apropiada solo para los efectos que nos propongamos, no podría tomar su lugar en la prosecución de una crítica genuinamente materialista y emancipatoria?

En efecto, una variante no solo latinoamericana de la resistencia a la teoría consiste justamente en cierta naturalización de la *historicidad* de las «prácticas», que nos aproximarían a lo concreto alejándonos del supuesto peligro de la abstracción, naturalización que llevaría a una cierta fiabilidad de los estudios de casos (aunque también de «procesos», lo que ya es bastante *abstracto*), correlativa con determinadas desconfianzas hacia las generalizaciones teóricas y hacia la conceptualización. Dos intervenciones pueden ilustrar este punto: en junio de 2006, Ana Longoni (de la Universidad de Buenos Aires) escribía que «la *Teoría de la vanguardia* de Peter Bürger funciona como un sobreentendido y restrictivo corset que constriñe las aproximaciones a la *historia concreta* o a la idea misma de vanguardias argentinas» (Longoni, 2006: 61; énfasis nuestro). No interesa discutir aquí cuánta razón tuviese Longoni acerca de las limitaciones o estrecheces de la teoría de Bürger, sino lo que se da por sentado: que en efecto haya algo que llamar, sin inquietarnos, «*historia concreta*», que ese rótulo no sea una generalización conceptual con riesgos distintos —pero no menos controversiales— que los de otros compromisos ontológicos fatalmente contraídos mediante otras nociones o teorías. De hecho, la explicación que sin demoras proporciona Longoni acerca de las limitaciones de la teoría de Bürger descansa en sus determinaciones historicistas: «el punto de vista posterior a los acontecimientos de mayo de 1968» y «el fracaso de los movimientos estudiantiles de los primeros años 70» (2006: 61-62). La segunda intervención a que nos referíamos se produjo en agosto de 2014, y está en algunos señalamientos con que se anunciaba una conferencia sobre «La prensa periódica y los desafíos para la historia de la literatura» dictada en Argentina por la brasileña Márcia Abreu (Universidade Estadual de Campinas), una reconocida especialista en historia cultural de la lectura y del libro. La invitación a la conferencia advertía que la historia de la literatura «se ha construido en torno de algunas *abstracciones*, entre las que se destacan las ideas de obra, autor y contexto»; postulaba entonces que «la utilización de los periódicos como fuentes produjo importantes dislocaciones» en las investigaciones, «revelando un vasto acervo de materiales no considerados en las historias literarias convencionales, mostrando intereses económicos y políticos *en juego* en el momento de composición de los textos y de producción de los impresos». Finalmente, Abreu anticipaba que presentaría «algunas propuestas sobre cómo producir un abordaje *plenamente histórico* de la literatura» (énfasis nuestros). Aquí, otra vez, se da por supuesto que mientras «obra, autor y contexto» serían «abstracciones» (lo que hemos llamado compromisos ontológicos, inevitables nomás si hablamos —como saben la filosofía y la lingüística—), no lo serían en cambio figuras como la de los «intereses económicos y políticos», los «textos» o la «producción». La idea, en fin, de que exista un modo de «producir un abordaje plenamente histórico» de lo que fuese resulta, por supuesto, insostenible. Se dirá, con buenos motivos,

que lo que importa es el desarrollo pormenorizado de la conferencia de Abreu y de tantos otros de sus valiosos escritos, incomparables con el peso que pueda atribuirse a un mensaje de correo electrónico que difunde un evento mediante un *abstract* rápido. Pero el anuncio, escrito presumiblemente con poco detenimiento, por eso mismo suma sin dudas otro síntoma a esa especie de sentido *concreticista* de las resistencias a la teoría en la crítica latinoamericana.

Sin dudas protestando contra las llamadas «agendas» de ese escenario, y desde una perspectiva no menos radical pero ajena al recelo contra la teoría, Dardo Scavino anotaba en su libro sobre Juan José Saer de 2004:

Pensar la poesía significa pensar aquello que da que pensar [...] Cuando la filosofía piensa la palabra poética, está pensando entonces sus propias condiciones de realidad. [...] Que la conjunción de la literatura y la filosofía, o la poesía y el pensamiento, resulte poco frecuente cuando de un escritor latinoamericano se trata, no lo ignoramos. [...] A los escritores latinoamericanos [...] se los suele considerar más aptos a la excursión etnológica, el exotismo social o el turismo político. (Scavino, 2004: 12-13)

Pueden hallarse, en el ámbito hispánico, otros fastidios contra las políticas *post* o deconstruccionistas a ultranza, que preferirían dar por pasada la teoría, como el que se lee en el «Prólogo» a *Teoría literaria y literatura comparada*, la compilación que editó Jordi Llovet en 2005. En 2009, Noé Jitrik, director de la *Historia crítica de la literatura argentina* —una obra colectiva de largo aliento, aún en proceso— publicó un volumen de ensayos *especulativos* reunidos bajo el título *Verde es toda teoría*; al actualizar una interlocución controversial con el tópico romántico cristalizado en la frase de Goethe («Gris es toda teoría, y verde es el árbol dorado de la vida») Jitrik reponía y desafiaba una de las formas más poderosas de la resistencia a la teoría.

Para recordar una más entre las advertencias más agudas sobre el problema, mencionemos la Alberto Giordano, cuando supone que valdría la pena discutir la idea, aun si parece reductora, según la cual

la «mirada antropológica» que establece la necesidad didáctica de una «posliteratura» no es más que el punto de vista miope, ciego a la heterogeneidad radical de la experiencia estética, en el que se expresan los intereses de un conflicto estrictamente profesional. (Giordano, 2010: 10)

2. Resistencias a la teoría en las historias de la lectura

En la introducción a su influyente libro *La gran matanza de gatos*

(1984), Robert Darnton procuraba condensar algo así como el método de pesquisa de la por entonces nueva historia cultural, con esta sentencia: «Cuando no podemos comprender un proverbio, un chiste, un rito o un poema, estamos detrás de la pista de algo importante. Al examinar un documento en sus partes más oscuras, podemos descubrir un extraño sistema de significados» (1994 [1984]: 12). Es curioso: ¿por qué Darnton deja que supongamos que en cambio no habría mucho de «importante» ni de «extraño» en el hecho de que sí podamos *comprender* —o creamos que podemos hacerlo— un proverbio, un chiste, un rito o un poema? Más aún, ¿por qué deberíamos aceptar sin más, con Darnton, que haya chistes o poemas que sí podemos comprender? ¿Qué y cuánto damos por supuesto cuando decimos que «podemos comprender», cuando calificamos de «oscuro» lo que en cambio no entendemos y de «claro» o familiar lo que sí? ¿Quién es esa primera persona que dice «podemos comprender», «podemos descubrir»? Por otra parte, los lectores de literatura sabemos bien, y desde hace mucho, que un poema se efectúa como tal (se lee como tal) precisamente por su ajenidad, su desenfoque o su dislocación irremediable respecto de los significados y de los «sistemas de significados». «Leer, en el sentido de la lectura literaria, ni siquiera es un puro movimiento de comprensión, el conocimiento que mantendría el sentido liberándolo —escribe Maurice Blanchot—. Leer se sitúa más allá o más acá de la comprensión» (2004 [1955]: 184). La distancia que va de esta convicción de Blanchot —que anticipa la divergencia barthesiana entre el lector cultural y el lector desubjetivado en el goce— a las ideas de comprensión y de significado sobre las que descansa el método de Darnton, separa y distribuye (de modo preliminar y algo esquemático, claro está) los posibles de la crítica que se ha interesado en los temas de la lectura y los lectores.

El modo a la vez historiográfico, sociológico y etnográfico de estudiar el tema gobierna las llamadas «historia de la lectura» o «de los lectores». Allí «lectura» y «lectores» son «prácticas» y subjetividades sociales, hechos y costumbres de las culturas que la investigación se propone descubrir, describir y analizar en ciertas fuentes primarias, a veces llamadas «documentos de recepción». Estas investigaciones empalman con una tradición que las precede: las llamadas historias del libro y las sociologías del «público» y del «gusto». Es posible que las firmas más citadas de este conjunto de investigaciones sean las del argentino Alberto Manguel y, sobre todo, las de Roger Chartier y Darnton. Como aclara José Luis De Diego en una informada y rigurosa puesta al día de la «historia de la lectura» como nueva disciplina (2013), aquí la lectura «no debe entenderse en tanto *experiencia* (de acuerdo con una larga tradición que iría de la fenomenología a la estética de la recepción) sino como *práctica* cultural» (De Diego, 2013: 43). Esa aclaración conduce necesariamente a anticipar algunas prevenciones, relativas

precisamente a particulares resistencias a la teoría ofrecidas por tres nociones, resistencias que las historias de la lectura preferirían, parece, minimizar o pasar por alto.

En primer lugar, si bien De Diego sintetiza la referencia nombrando sumariamente el arco de corrientes teórico-críticas quizá más reconocible y discutido hasta poco antes de fines del siglo XX («fenomenología», «estética de la recepción», las palabras con que Eagleton titula un capítulo de su manual ya citado), lo cierto es que la noción de «experiencia» y la tesis de la «lectura como *experiencia*» no pueden confinarse a ese arco teórico sino dejando a un lado importantísimas y numerosas perspectivas y aportes filosóficos, teóricos y críticos. Por mencionar apenas unos pocos casos —aunque bastaría el de Barthes—, ¿quién negaría que Walter Benjamin es un teórico de la lectura a la vez que uno de los grandes pensadores de la experiencia? «Experiencia» es una palabra clave en la obra de Maurice Blanchot, teórico del «leer», del «lector» y la «lectura», y quizá el más antifenomenológico de los filósofos de la literatura. En algunos de sus ensayos, Georges Didi-Huberman propone si no una teoría de la lectura, una *teoría de la recepción* del arte que recupera enfáticamente un lugar definitorio para la «experiencia». Al respecto, lo que llamaríamos la impaciencia de la vigilancia racionalista —con su recurrente expectativa de coherencia— impediría advertir que en pensamientos escritos como los que hemos mencionado, no se trata de dar vueltas en una cárcel con dos salidas falsas: una que da al fenomenologismo metafísico de la experiencia (interior, *subjetiva*) y otra que lleva a un implacable materialismo de las determinaciones (culturales, sociales). Se trataría, por el contrario, de búsquedas que —en la selva de los dialectos filosóficos disponibles— procuran hablar otro, uno que está siempre por ser inventado: algo así como un pensamiento del acto de la lectura como contingencia incalculada y emergencia única en el «entre», en el instante o el punto ínfimo del hiato, la fisura, el trauma de la condición escindida de la subjetividad. Porque toda la teoría literaria manifestaría, al testificar la resistencia del lenguaje y de la literatura a ser teorizados, que la historia, la cultura, la significantización siempre arrojan un resto que no comprenden, que no pueden ver ni nombrar ni aprehender.

En segundo lugar, una de las más controvertibles debilidades de estas «historias de la lectura», es precisamente la escasa y escueta presencia entre sus herramientas críticas, de una teoría de la subjetividad: resulta muy difícil encontrar en sus páginas una explicitación de los presupuestos (filosóficos, antropológicos, psicológicos) sobre los que descansa eso que llaman «lector», «lectora» o «lectores» y a quienes debemos atribuir sin más — parece— esa «práctica cultural» llamada «lectura». Al respecto, resulta por lo menos curiosa la relación al parecer no siempre consistente que estas historias de la lectura mantienen con el problema de las

determinaciones; la *Historia de la lectura en el mundo occidental* dirigida por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier —según de Diego «el más valioso y sistemático aporte a la disciplina que nos ocupa» desde que se editó en 1997— parece, hasta en lo programático, poco preocupada por el papel activo, creativo e insubordinado de los lectores, los usuarios o receptores en que habían insistido en escritos metodológicos el propio Chartier, De Certau o —antes— Richard Hoggart, Sturat Hall y otros. En efecto, en la introducción al volumen, donde Cavallo y Chartier establecían el recorte del tema y los principales criterios teóricos y metodológicos que los guiaban, son no tanto los lectores mismos como «unas normas y unas convenciones de lectura» las que «en cada comunidad de lectores, definen unos usos legítimos del libro, unos modos de leer, unos instrumentos y unos procedimientos de interpretación»; y si es cierto que también hay un lugar para las «esperanzas e intereses» de los «diversos grupos de lectores», eso también se razona —junto a normas y convenciones— como «*determinaciones, que gobiernan las prácticas*» (Cavallo y Chartier, 2011 [1997]: 27; énfasis nuestro). Es muy curioso, en fin, que para conceptualizar esta teoría del gobierno de las «prácticas» por parte de «normas» y «convenciones» *determinantes*, Cavallo y Chartier apelen a la fórmula «mundo lector» del maestro de la hermenéutica Paul Ricoeur y, más todavía, a la categoría de «comunidades [institucionales] de interpretación» con la que Stanley Fish —ampliamente reconocido como una firma destacada de las «teorías de la recepción»— intentó despachar el problema de la *indeterminación* interpretativa en su conocido ensayo «¿Hay un texto en esta clase?»; conviene recordar la provocativa contundencia determinista con que Fish pretende barrer con los riesgos libertarios del lector creativo, ignorante o distraído:

si en vez de actuar por su propia cuenta, los intérpretes actúan como extensiones de una comunidad institucional, el solipsismo y el relativismo [...] no son modos posibles de ser. Es decir, la condición exigida para que alguien sea solipsista o relativista, ser independiente de los supuestos institucionales y tener la libertad de crear unos propósitos y objetivos propios, nunca podría cumplirse. (Fish, 1998: 236)

Pero este uso, al parecer no muy congruente de terminologías procedentes de ciertas teorías literarias por parte de las nuevas «historias de la lectura», no debería sorprendernos tanto si recordamos que cuando Darnton dedica un capítulo de su libro de 1984 a los lectores dieciochescos de Rousseau, avisa que su ensayo intenta «combinar la historia tradicional, basada en la investigación de archivos, con la interpretación de textos del tipo desarrollado por los críticos literarios como Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss, Wayne Booth, Stanley Fish» y otros (Darnton, 1994: 216). Ahora bien, cuando leemos los estudios concretos de casos y contextos históricos que han publicado estos historiadores de la lectura, confirmamos el atinado deslinde de De Diego: la lectura *stricto*

sensu, esto es, todos los aspectos no empíricamente observables del acto de leer —*la experiencia* de la lectura, en fin— apenas si resultan esporádicamente rozados. Si como admite Darnton antes de adentrarse en las lecturas de un burgués provinciano de fines del siglo XVIII, «la lectura continúa siendo un misterio» (1994: 216), el propósito de estas «historias de la lectura» no parece ser explorar ese misterio.

En tercer lugar, y como parte de la misma interrogación que produce su modo de tratar con la subjetividad, estas historias de la lectura no siempre nos proporcionan referencias suficientes para saber cuál es el tenor del evento, acción, operación, proceso (o lo que sea de que hablen) que —con insistencia— denominan la «práctica» de la lectura, aun cuando la teoría sociológica o la etnográfica prodigan por supuesto diferentes conceptualizaciones de las «prácticas» y lo práctico (para no ir muy lejos: Bourdieu, De Certeau); no hay que aguzar demasiado la mirada para temer que tal insistencia en la mera palabra «prácticas» sea otro síntoma: la cristalización de una especie de talismán que asegure un enfoque materialista, concretista y antiabstracto; el performativo que recuerda y cree conjurar — en fin— el peligro del desvío abstracto, metafísico, subjetivista o poético al que, parece, conduciría cualquier desplazamiento hacia la pregunta filosófica o teórica.

3. Historias de públicos o lectoras en la ficción

Focalizarnos en un corpus particular de unos pocos estudios permite ver cómo la resistencia a la teoría de la lectura que se cursa en las «historias de la lectura» tiene a veces la forma de un reemplazo: se habla de «lectores» y «lectura» cuando, en rigor, el interés y las descripciones apuntan a lo que los propios investigadores llaman también *público*, o públicos; específicamente, públicos que leen, o *públicos de impresos* (en el mismo sentido en que decimos que hay *público de deportes* o de espectáculos).

En la crítica argentina hay tres generaciones de historias de la lectura que permiten ver las vacilaciones de ese reemplazo o la alternancia entre los dos problemas diferentes a que apuntan las nociones de público y lectura. La primera generación está en dos títulos que representan sendas alternativas para la historización de públicos, esto es de grupos de lectores sociales determinados: *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)* de Beatriz Sarlo (1985), y *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* de Adolfo Prieto (1988). Los dos son estudios de *literaturas* de diverso tenor —narraciones ficcionales en buena medida— publicados en los nuevos soportes impresos del

llamado mercado editorial destinado a públicos populares o plebeyos emergentes, durante momentos del proceso de modernización cultural en la Argentina. El libro de Prieto, que casi no ofrece señal alguna de contactos con los debates sobre el «colapso» *post* de la crítica literaria latinoamericana que recordábamos antes, fue no obstante decisivo en la innegable inclinación de buena parte de la crítica argentina contemporánea (sea como fuese que se sopesa y valore esa inclinación) hacia las posibilidades de un historicismo sociológico y culturalista apegado a los métodos y al tipo de fuentes de la historiografía (la de los historiadores de la historia política, demográfica, económica, social, y de las ideas).

La segunda generación está representada por *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*, de Nora Catelli, y *La dorada garra de la lectura* de Susana Zanetti, que se editaron en 2001 y 2002 respectivamente. Estas dos obras se convirtieron pronto en referencia obligada de otro tipo de investigación: el estudio de las representaciones de la lectura, de los lectores y especialmente de las lectoras en los enunciados narrativos, en las historias relatadas, en los personajes o en los espacios y hábitos imaginados y descriptos en novelas, cuentos, ficciones en general.

No es difícil notar que, aunque todas las obras mencionadas oscilen —por estrategia o por necesidades metodológicas— entre estudiar públicos lectores históricos y analizar representaciones ficcionales de lectores, Prieto se proponía principalmente alcanzar a saber de modo directo —y no tanto mediante el camino plegado y varias veces oblicuo de la ficción— algo acerca de lectores y lectoras sociohistóricos y susceptibles de ser sociodemográficamente postulados y descriptos.

Una tercera generación podría distinguirse, finalmente, entre investigadores profesionales que, siguiendo en medidas diversas los caminos abiertos por Sarlo, Prieto, Catelli o Zanetti, se interesaron en la historia de los lectores y a la vez en las representaciones ficcionales de las lectoras, en tesis doctorales o libros publicados durante el primer decenio del siglo XXI. El caso ineludible es posiblemente el libro de Graciela Batticuore publicado en 2005, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. También es mencionable aquí el trabajo de Fabio Espósito, *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*, editado en 2009.

Investigaciones como las de Prieto y Sarlo se enfrentaban más que las otras con una dificultad metodológica conocida y a menudo insalvable, la misma que confrontan una y otra vez las historias de subjetividades subalternas o populares: aunque la máxima

proximidad con el nativo que puede alcanzar el etnógrafo sea (como demostró C. Geertz) sumamente problemática, es una *ventaja* con que cuentan muy pocos historiadores (por ejemplo, los que se dedican a la llamada «historia reciente»); dicho de otro modo, para saber hoy qué leían y especialmente cómo leían tales o cuales mujeres y hombres de la década de 1920, hay que cepillar la historia a contrapelo sabiendo que en ese ejercicio lo que podemos encontrar es a menudo poco, o nada. En tal sentido, es posible que el entusiasmo que pudo provocar un libro sin dudas tan original como *The Uses of Literacy* (1957) de Richard Hoggart haya sido exagerado en determinado sentido: para hacer algo así, hasta cierto punto había que ser, como Hoggart, un nativo del mundo de las lecturas obreras, las conversaciones barriales y los hábitos familiares que estudió, entre otras motivaciones por las circunstancias autobiográficas que —él mismo lo señala— intervienen decisivamente en las páginas de su libro. Respecto de estos dilemas metodológicos, el caso argentino insoslayable es el libro de Sarlo sobre los folletines de la «novela semanal». Lo es más que el de Prieto sobre el criollismo, que en general limita los alcances de sus preguntas menos a lo que un crítico pudiese interpretar de la lectura de ficciones y poemas impresos en folletines que a aquello que un historiador podría hacerles responder a esos escritos al contrastarlos con documentos con registros más cercanos a lo «empíricamente observable» (para usar una fórmula de Raymond Williams): cifras y datos sobre campañas de alfabetización y de escolarización, decisiones estatales relativas a bibliotecas públicas y a contenidos de enseñanza que vinculaban instrucción cívica, políticas lingüísticas y literatura; episodios y momentos de cambios en la historia del libro y de los modos de circulación de lo impreso, decisiones de las empresas editoriales e historia de las casas editoras, frecuencias y tirajes de diarios y de viejas y nuevas publicaciones periódicas, debates e intervenciones de época en torno de los efectos de las nuevas lecturas en sectores sociales populares, etc.. El «nuevo lector» que Prieto procura describir en su investigación es, por supuesto, un sujeto colectivo social, histórica y demográficamente situable (y solo de manera muy indirecta y remota, en cambio, un eventual aporte para una fenomenología histórica de la experiencia de desubjetivación que ciertos eventos de lectura literaria pueden provocar).

No es ese el caso de los trabajos de Catelli y Zanetti. Se trata de investigaciones que conocen y aprovechan herramientas de análisis histórico, etnográfico y social aprendidas en la frecuentación de Bourdieu o de Chartier, de De Certeau o Darnton, y antes en las clases del mismo Prieto o en sus libros, desde *Sociología del público argentino* de 1956. Pero lo que en cambio caracteriza los ensayos de Catelli y Zanetti es que —a la vez— se dirigen al nudo literario de las ficciones que interrogan —un tipo de trabajo crítico que Prieto demuestra conocer pero que no se adueña de su voz historiadora.

Muy sumariamente, dos rasgos merecen ser destacados al respecto en estas dos obras críticas: en primer lugar, algunas elecciones de la escritura que dan cuenta a la vez de un interés y de la elección de una voz crítica; interés por la experiencia de desobjetivación de las lectoras ficcionales o reales que estudian, por sus ansiedades o sus goces, perturbaciones o placeres, sus modos de la dicha en la pasión, el hambre y al mismo tiempo el temor por los efectos del acto de leer; y elección de la voz escrita de una lectora, la que enuncia en el ensayo y deja que despunte —entre el tejido de sus argumentos y sus preferencias por ciertos textos, entre el rigor de los datos y la entrega de la prosa crítica a las afecciones del leer— una experiencia de las incertidumbres de la lectura que si no se explaya ni se desborda, ciertamente se insinúa y se deja decir. En segundo lugar, y confluyendo con ese primer rasgo, los libros de Zanetti y Catelli son testimonios —cuando la citan pero también cuando no lo hacen— de una biblioteca teórica que va de Auerbach a Barthes, pasando por Blanchot o por Freud, entre tantos; de allí procede sin dudas cierto horizonte teórico acerca de la lectura como acontecimiento, a la vez que la inclinación por indagar las aptitudes del ensayo como forma, para que la escritura crítica vaya y venga del rigor erudito a la testificación escrita de la experiencia de la lectora que —tomada y empujada fuera de sí por lo que lee— escribe el ensayo que tenemos entre manos.

4. Algunas hipótesis

Las teorías literarias leídas como teorías de la lectura —de Bajtín a Barthes, de Benjamin a Blanchot, de Derrida a Rancière—, al mismo tiempo que las teorizaciones que se van insinuando en la crítica y el ensayo latinoamericanos, permiten organizar una serie de conjeturas iniciales, que orientarían un trabajo crítico capaz de no olvidar ni reprimir la resistencia que la literatura ofrece a la lectura ni el residuo de indeterminación que toda ocurrencia de palabra siempre arroja; tal orientación —resulta decisivo enfatizar esto a la luz de las tendencias críticas y pedagógicas de entre fines del siglo XX y principios de este— parece políticamente preferible si el pensamiento crítico se pretende asociado a un ética de firme y radical sesgo emancipatorio:

1. La literatura, esto es «el libro que se origina en el arte, no tiene garantías en el mundo, y cuando es leído, aún no ha sido leído nunca, sólo alcanza su presencia de obra en el espacio abierto por esa lectura única que cada vez es la primera, que cada vez es la única», según el Blanchot que citábamos antes (2004: 182), y que prefigura la oposición entre cultura y destrucción en *El placer de texto* de Barthes. Esta hipótesis puede razonarse como variante o

traducción blanchotiana de la tesis acerca de «la resistencia [de la literatura] a la lectura» que formuló Paul de Man.

2. El lector social y cultural (que es, digamos, una persona civil sujeta a la Lengua de *todos*) pretende que puja por el mismo territorio que explora el lector literario (que es, digamos, un acontecimiento —único— de la desubjetivación-desujeción). No hay modo de que el lector social y cultural deje de cometer ese error (ese error —pretender que el espacio literario coincide en alguna medida con el territorio de la Cultura— es su condición regular). El lector social y cultural es *el Otro* irreductiblemente otro del lector literario. El lector literario del que hablamos es una contingencia (no una condición, ni una identidad), en que toda mortal del sentido y de su búsqueda —aunque regrese intermitentemente— se pierde. Podríamos poner en diálogo este desplazamiento con la tesis — presente en de Man, en Barthes y en otros— según la cual la lectura única, la que siempre resta, es la que manifiesta lo *otro* de la Cultura: eso que la cultura, para constituirse tal, deja sin significantizar, deja fuera de sí y entonces no puede ver. El lector literario es el ignorante: el que (lo desconozca o no) le ignora a la cultura su pretensión de sí (la cultura lo interpela incansablemente y él *la ignora*).

3. Toda escritura (se la rotule o no como literatura) manifiesta —de algún modo entre muchos modos posibles—, una *teoría*, y una política o, mejor, una ética, de la lectura. En toda escritura poética, literaria, ensayística, crítica, teórica o filosófica (es decir en toda escritura donde el drama-trauma de la subjetivación-desubjetivación no ha sido escamoteado) puede que (se formule o no) pero siempre se actualiza, se efectúa —en fin, *acontece* y se abre así como verdad— la resistencia a la lectura (es decir la literatura *stricto sensu*).

4. Una teoría de la lectura como la que tanteamos aquí no podría aspirar a otro *método* que lo que llamaríamos provisoriamente una fenomenología conjetural de la lectura, tal vez iniciando su exploración en una analogía como la que postula Phillips con el psicoanálisis (citada por Serra Bradford en el epígrafe de estas notas). En un punto de cruce como este, tal vez el psicoanálisis tenga aún algo para decirle a la teoría de la literatura como teoría del acto de lectura. ¿O acaso los críticos literarios no debemos aprender todavía, casi desde cero, a preguntarnos con cuáles, cuán diversos y cuántos relatos de experiencias de lectura, y con qué frecuencia, trabajamos *en análisis* para establecer qué efectos se asocian a qué ocurrencias de lo literario?

Si no fuese silencio, lo *último* que diría siempre todo pensamiento acerca del acontecimiento de la lectura sería: «Yo no sé» o, mejor, «Yo no sabe». O, hablando como Beckett: *hay que leer, no puedo leer, voy a leer*.

Bibliografía

- AVELLANEDA, A. (2008): «Discursos críticos y discursos sociales: los estudios literarios latinoamericanistas en el contexto de los Estados Unidos» en Bolaños, Á. (ed.), *Literatura, política y sociedad: construcciones de sentido en la Hispanoamérica contemporánea*, Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 201-210.
- BARTHES, R. (1985): *El placer de texto y Lección inaugural*, México: FCE.
- BATTICUORE, G. (2005): *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires: Edhasa.
- BEVERLEY, J. (1993): *Against Literature*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- BLACHOT, M. (2004 [1955]): «Leer», en *El espacio literario*, Barcelona: Paidós, 179-185.
- BRIOSO, Jorge (2011): convocatoria, en <<http://spanish.colorado.edu/General/colorado-review.html>>, [07/01/2011].
- CASTRO-GÓMEZ, S. y MENDIETA, E. (eds.) (1998): *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México: Miguel Ángel Porrúa ed., <<http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libros/148.pdf>> [12/03/2014]
- CATELLI, N. (2001): *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*, Barcelona, Anagrama.
- CAVALLO, G. y CHARTIER, R. (2011 [1997]): *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Buenos Aires: Taurus.
- CEVASCO, M. E. (2003 [2001]): *Para leer a Raymond Williams*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- COMITÉ CIENTÍFICO, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, IdIHCS, UNLP, (2014): «Primera circular» IX Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, La Plata: UNLP, <<http://www.fahce.unlp.edu.ar/idihcs/cetcl/eventos/evento.2014-07-02.8171547389>>, [11/23/2014].
- DARNTON, R. (1994 [1984]): *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México: FCE.
- DE DIEGO, J. L. (2013): «Lecturas de historias de la lectura», *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, XVII (19), 42-58, <<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar>>, [11/07/2014].
- DE MAN, P. (1990): «La resistencia a la teoría», en *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 11-37.
- DE MAN, P. (2002 [1986]): «The Resistance to Theory», en *The Resistance to Theory*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 3-19.
- EAGLETON, T. (2008 [1983]): *Literary Theory. An Introduction*, Oxford: Blackwell Publishing.
- EAGLETON, T. (1988): *Una introducción a la teoría literaria*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ESPÓSITO, F. (2009): *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*, La Plata: EdULP.
- FISH, S. (1998): «¿Hay un texto en esta clase?», en Palti, E. (ed.), *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 217-236.
- FRANCO, J. (2002): *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*, Cambridge: Harvard University Press.
- GIORDANO, A. (2010): «Introducción», en Giordano, A. (ed.), *Los límites de la literatura*. Rosario: Centro de Estudios de Literatura Argentina, UNR.
- HOGGART, R. (1957): *The Uses of Literacy. Aspects of Working Class Life with Special References to Publications and Entertainments*, London: Chatto & Windus.
- JITRIK, N. (2009): *Verde es toda teoría*, Buenos Aires: Liber.
- LASARTE VALCARCEL, J. (2006): «El bebé y el agua de la bañera o ¿aún contra la literatura? (in-comodidades de las nuevas agendas)», *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, 11(12), <<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/>>, [11/04/2014].
- LECUNA, V. (2001): «Desorientaciones intelectuales» en Lasarte Valcárcel, J. (ed.), *Territorios intelectuales. Pensamiento y Cultura en América Latina*, Caracas: Fondo Editorial La Nave Va, 102-113.

- LLOVET, J. (ed.) (2007): *Teoría literaria y literatura comparada*, Ariel: Barcelona, 2ª edición.
- LONGONI, A. (2006): «La teoría de la vanguardia como corset», *Pensamiento de los CONFINES* 18, junio, FCE, 61-68
- LUDMER, J. (2010), *Aquí América Latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MIGNOLO, W. (1997): «La revolución teórica del Zapatismo: sus consecuencias históricas, éticas y políticas», *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, 1997 2 (5), <<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv02n05a06/3990>>, [11/07/2014].
- ORTEGA, J. (2003): «Post-teoría y estudios transatlánticos», *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal*, III, n°9, marzo, 109-117.
- PRIETO, A. (1956): *Sociología del público argentino*, Buenos Aires: Leviatán.
- PRIETO, A. (1988): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Sudamericana.
- RAMA, Á. (1984): *La ciudad letrada*, Hanover: Ediciones del Norte.
- RANCIÈRE, J. (1998): *La parole muette. Essai sur les contradictions de la littérature*, Paris: Hachette [*La palabra muda*, Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009].
- RANCIÈRE, J. (2007): *Politique de la littérature*, Paris: Galilée. [*Política de la literatura*, Buenos Aires: Del Zorzal, 2011]
- SARLO, B. (1985): *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires: Catálogos.
- SCAVINO, D. (2004): *Saer y los nombres*, Buenos Aires: El cielo por asalto ed.
- SERRA BRADFORD, M. (2014): «Tres ensayistas curiosos», *Revista Crítica*, abril, <<http://revistacritica.com/contenidos-impresos/ensayo-literario/tres-ensayistas-curiosos-por-matias-serra-bradford>>, [12/10/2014].
- SPIVAK, G. (2011 [1984]): *¿Puede hablar el sujeto subalterno?*, Buenos Aires: El cuenco de plata.
- ZANETTI, Susana (2002): *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario: Beatriz Viterbo.